

La metáfora del poder

Guillermo Vega Zaragoza

En 2006, Fabrizio Mejía Madrid publicó una novela llamada *El rencor*. Su personaje principal, Max Urdiales, un político gris y fanfarrón, es el dueño de ese resentimiento arraigado y tenaz que lo invade por no pertenecer a la clase política a pesar de haber sido leal a ella. Se trata de un recorrido por las entrañas del poder político en México en los años dorados del régimen de El Partido (como no había otro que le disputara el poder, resultaba ocioso identificarlo por su nombre completo) a través de la vida de un “soldado” del PRI. Seis años después (la vida en México, incluso la de los escritores, parece moverse también en se-xenios), Mejía Madrid regresa a descuartizar las entrañas del monstruo, pero ahora no desde la perspectiva de un simple político de cuarta fila sino desde el interior del presidente mexicano más odiado (junto con Porfirio Díaz y Carlos Salinas de Gortari), el responsable de la matanza de estudiantes del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco: Gustavo Díaz Ordaz.

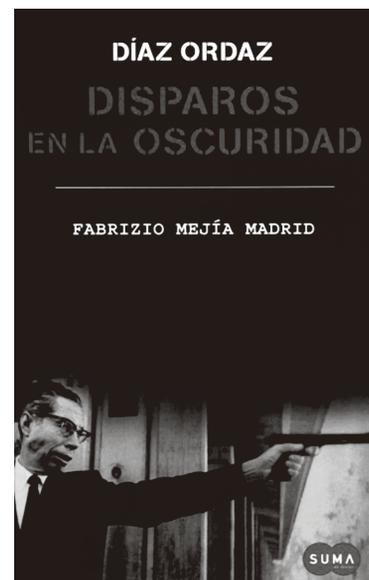
¿Cómo escribir una novela sobre Díaz Ordaz sin caer en la tentación de dejarse llevar por el odio y el rencor, pero tampoco sucumbir ante la complacencia y mucho menos dejar que el lector empatice con el personaje y termine por compadecerlo? Mejía Madrid lo resuelve salomónicamente: lo coloca en el último de los círculos de su propio infierno y, simplemente, nos describe su periplo.

El tiempo de la ficción propiamente dicho abarca del 22 de julio al 15 de septiembre de 1977, cuando Díaz Ordaz fue nombrado por el presidente José López Portillo como nuevo embajador ante España, luego de la caída del dictador Francisco Franco, varias décadas después de haber ro-

to relaciones diplomáticas con la Madre Patria. Sin embargo, Díaz Ordaz renuncia al cargo tan pronto pisa la península y regresa a México donde le diagnostican cáncer de colon. A partir de ahí el personaje Díaz Ordaz entra al verdadero infierno. Con base en múltiples *flashbacks* y algunos *flashforwards*, del presente al pasado y de regreso, Mejía Madrid cuenta la vida de ese oaxaqueño hijo de porfiristas perjudicados por la Revolución, que se transformó en poblano, que a duras penas pudo estudiar Leyes, que logró insertarse en el grupo del político más temido e implacable de su época (el general Maximino Ávila Camacho), y que a puro golpe de suerte y astucia llegaría a ser Presidente de la República para aplicar su muy particular idea del ejercicio del poder: enseñar a obedecer a un pueblo que se empeñaba en no respetar la autoridad.

Al personaje Díaz Ordaz se le van apareciendo los fantasmas de las víctimas a las que agravió a lo largo de su vida política: campesinos, médicos, ferrocarrileros, obreros, estudiantes... en tanto deambula por las diversas propiedades que logró acumular, en busca de alguien, algún amigo, algún pariente, un ser querido que lo acompañe y lo compadezca. Paranoico y violento, finalmente se da cuenta de que está solo, que siempre lo estuvo y que solo tendrá que hacer frente a los demonios que lo atormentan y que tienen su mismo rostro.

Curtida en el ejercicio cotidiano de la crónica periodística, la prosa de Mejía Madrid es ágil y precisa; sabe explicar, condensar y hacer que la lectura avance vertiginosamente. Recurrió a una bibliografía copiosa para reconstruir la vida y la época en que el Partido Revolucionario Institucional era todopoderoso. Los datos precisos de hechos,



personas y fechas están ahí, al igual que muchas historias y anécdotas que han trascendido como secretos a voces, multitud de escenas y situaciones grotescas y terribles. Todo ello sirve de ligamento a la historia novelesca, al proceso de introducir al lector a la mente atormentada y el alma putrefacta del personaje Díaz Ordaz.

La novela es pletórica en citas, aforismos y máximas que siguen vigentes en el imaginario colectivo de la clase política mexicana. De tanto subrayado, podría decirse que se trata de otro libro dentro del libro mismo. Unos botones de muestra: “En política no hay regalos, sólo intercambios”, “Los principios no existen, sólo los pactos, en el caso extraordinario en que uno se viera obligado a pactar”, “En política, la dignidad es como una pierna rota: nomás estorba”, “El poder nunca es en pasado ni futuro, es sólo el instante”, “En México, al poder absoluto le sigue el vacío absoluto”, “El poder no está hecho de palabras, sino de silencios”. Y, finalmente, ésta, que quizás expresa la esencia de esta obra literaria: “El poder es literal pero habla en metáforas”. Sólo un novelista como Mejía Madrid podría revelarnos las entrañas mismas de ese poder, encarnado en un personaje como Díaz Ordaz, que en la realidad se supo impune y se creyó todopoderoso, pero que en la ficción termina pagando todos sus agravios con creces. **U**

Fabrizio Mejía Madrid, *Díaz Ordaz. Disparos en la oscuridad*, Suma de Letras, México, 2011, 293 pp.